

ETERNA GANXONIA

Se abre un nuevo café,
levantamos otra casa,
caro lector, yo no sé
en este pueblo que pasa.

Mas, parece a mi entender,
que el vil metal aquí sobra:
reímos menos que ayer,
pero, ¡manos a la obra!

MORALEJA

Pero, no ha cambiado tanto mi vieja
[ciudad:
todavía su ambiente conserva
flotando en torno a su monumen-
[talidad,
el perfume alacre d'«Es feix d'herbas»

Àncora

Año VII

S. FELIU DE GUIXOLS, 11 MARZO 1954

N.º 324



“L'alegría de Cervera”

Velada del 4 de Marzo. Teat-
ro Novedades. Compañía
Agrupación Romea. Obra:
«L'Alegría de Cervera», de Jo-

sé M.ª de Sagarra. Dirección:
Benito Escriba.

En Cervera estaban tristes. —
Y debía de estar además muy
desanimado el señor Sagarra
cuando se metió a escribir esa
obra, una de las más endebles
y vulgares de su extensa
producción. No hay en ella
otras situaciones que las mil y
una manidas de buena parte de
piezas sentimentales suyas y de
otros autores, parecidas una a
otra como dos gotas de agua.
Inclusos sus versos, en contadas
ocasiones salen del pitarrismo
más desamparado de inspira-

ción.
Además de pobre en sí, la
obra tiene poca malicia escéni-
ca (uso la palabra sagarrina),
reducida a diálogos, con algún
que otro personaje sobrero en
escena.

De lo dicho se puede despren-
der que la Agrupación Romea
hubiera hecho bien en no esco-
ger esta obra. Es opinión sincera.

Personajes y reparto. — Con
lo dicho no puede, empero, dis-
culpase a los actores, al menos
totalmente. Estuvieron medianos
o flojos, y hay que decirlo.

El papel de *María del Roser*,
tipo ultrarrepitido en el teatro
de Sagarra, podía haber dado
cierta continuidad y ritmo a la
obra. Pero ni Sagarra le dió el su-
ficiente brío, ni la señorita Berga
prescindió del aire y ligeramente
encogido que adopta en escena.
Le faltó esa alegría, esa espuma
que pretende evocar el título.
Creemos, además, que debe cor-
regir cierto defecto de dicción,
que consiste en dar súbitos tonos
explosivos y ligeramente gutura-
les a su voz. La «Alegría de Cer-
vera» debía descansar sobre la
juventud y la belleza de su per-
sonaje, cosas ambas que vimos
en la señorita Berga, pero no en
María del Roser.

La señorita Casanova, segura-
mente convencida de la ende-
blez de las situaciones dijo sim-
plemente su papel, y así transcu-
rió los tres actos, en una apaci-
dad manifiesta.

La señorita Loubat se defen-
dió en su primer papel impor-
tante, aunque, naturalmente, le
faltan leguas y leguas por reco-
rrer para llegar a un estudio sa-
tisfactorio en lo escénico. Pero
hizo concebir, realmente, espe-
ranzas.

El fallo mayor de la obra resi-
dió en el mal reparto de un pa-
pel: el de Miquel. Hay una cosa
que se olvida con mucha fre-
cuencia en las formaciones tea-
trales: una cosa en la que el ci-
ne basa buena parte de su po-
der de sugestión: la adaptación
a los tipos físicos. Nunca el se-
ñor Marcillach podía darnos,
con su presencia física y su voz
grave, nunca, repito, la imagen
del estudiante joven, impulsivo,
chiquillo al fin, con su locura ro-
mántica a cuestas. Creemos, en
cambio, que hizo cuanto pudo
por salvar ese escollo. Y tam-

bién, que un cambio entre su rol
y el del señor Codolá hubiera
beneficiado la plástica de la
obra. El señor Masferrer, que hu-
biera igualmente sacado brillan-
tamente su papel, se aplicó más
a ello cuando vió que la cosa
languidecía de modo peligroso.
Y dijo los únicos versos inspira-
dos de la obra con rara perfec-
ción. Con ser su escena final
muy buena, opino que tuvo
mayor mérito su primera inter-
vención, en la escena del tarro
de miel, escena donde la insinua-
ción, la pausa y el matiz valen
por todo. Los demás personajes
son meramente episódicos, algu-
nos de ellos sagarrinos hasta los

tuétanos. como el de la tía me-
zquina y recomida que dibujó
muy bien la señorita Reyné, otros
pitarriscos, como los doctores
Picapoll, Gatuelles y Picó, vesti-
dos e incorporados a la manera
tradicional por los Sres. Roca,
Escriba y Font, respectivamente.
El señor Escriba tuvo el mérito
de salir a escena verdaderamen-
te enfermo. Un buen personaje,
fugaz pero exactamente capta-
do, fué el del *marxant* a cargo
del señor Donat, y a su misma
altura estuvieran los tipos del
cavaller (Sr. Algans) y Ballarina
(Srta. Sabá), que se movió bre-
ves segundos en escena de un
modo delicioso.

Los tres estudiantes sopistas
fueron el ya citado señor Codo-
lá y los señores Pellicer y Buxó.

El decorado pasable, y el te-
lón reacio a descender. El ves-
tuario excelente. La concurren-
cia, cortés, aplaudió, pero fué
la de siempre. Corremos un au-
téntico peligro si esto no se re-
media. Hay que renovarse o pe-
recer. Porque dentro de unos
años se habrá muerto—y uste-
des perdonen— una parte de ese
escaso público. Y a los jóvenes
no se les ve el pelo por las sa-
las de teatro. A los niños en
cambio, sí, y ello no nos parece
adecuado en una obra como lo
presente, donde, sin alardear de
manga estrecha, hay que reco-
nocer un par de escenas algo
prematuras para el público in-
fantil.

J. Vallverdú A.

REFLEJOS

El imperativo de evasión

*¿Quién está completamente
satisfecho de su habitual que-
hacer? ¿Cuántos de entre los
mortales se rinden en cuerpo
y alma a su profesión sin ape-
tecer librarse de ella, aunque
no sea más que por unos mo-
mentos, unas horas, intervalos
casi obligados para poder
reemprenderla de nuevo con
más ahinco, unos, con igual
esfuerzo otros, con resignado
acatamiento los más?*

*El deseo de expansión, de
desligarse, de evadirse even-
tualmente del trabajo habitual
—grato, indiferente o desagrad-
able— es derecho y ley natu-
ral, higiene y compensación
en el transcurrir diario de ca-
da uno. Desde el palurdo más
romo a las finezas estéticas al
aristócrata del espíritu; desde
el embrutecido por el trabajo
rudo y agotador al sublimado
soñador de escasos o nulos
deseos mundanos, cunde el
imperativo del desahogo com-
pensativo, del anegarse en el
solaz tonificador.*

*Para éste, de horizontes es-
pirituales restringidos, cuyo
destino es simple, vulgar, in-
trascendente, cuya vida no
traspasa los límites de lo ve-
getativo, el espectáculo dom-
manguero, de cariz popular y
frívolo, puede ser el máximo
afán a que lleguen sus preten-
siones, el paraíso colmador de
su gozo sobre la tierra.*

*Para aquél, de satisfechos
deseos primarios, cuyas necesi-
dades materiales están harto
aseguradas, pero para quien
el mundo de lo selecto, es po-
co menos que ignorado, el re-
focilarse en lo superfluo, en el
esparcimiento estridente y chi-
llón, puede ser meta definitiva,
placer extremo. Para el de
más allá, hombre de ciencia,
rector moral, sacerdote del ar-
te, la más inocente expansión,
el más infantil entretenimiento
puede cumplir, in excelsis, su
singular existencia, su indivi-
dual característica. Pero to-
dos, en general, dentro de
nuestro pequeño mundo tene-*

*mos un norte propio hacia
donde se dirige preferentemen-
te la brújula de nuestros de-
seos expansivos, necesarios y
útiles para proseguir nuestros
habituales quehaceres.*

*Y circunscribiendo lo esbo-
zado en términos generales a
lo concreto e inmediato, des-
cendiendo de lo abstracto a lo
real y tangible, de lo univer-
sal a lo particular y local, po-
demos reducir lo antedicho de
esta manera: que, para unos,
el máximo placer festivo, la
meta suprema del regocijo se
cifra, por ejemplo, en el ágape
suculento y en la mayor con-
cesión posible a las llamadas
de los sentidos; para otros, el
contrapeso equivalente a sus
quebraderos de cabeza mer-
cantiles, profesionales o do-
mésticos, tal vez sea el sano
ejercicio del deporte; para los
de más allá, aún, el sumergir-
se en el mundo profundo y
misterioso de lo subjetivo.*

*Para todos, empero, rige esa
ley compensativa de la diver-
sion, del salirse circunstan-
cialmente de lo habitual y ru-
tinario. Y para cada cual existe
un centro de atracción ha-
cia donde se dirigen preferen-
tamente sus ansias liberado-
ras del deber, impuesto o vo-
luntario. Por eso siempre se-
rá absurdo e insensato querer
sujetar los ajenos gustos a cá-
nones frefijados, prescindiendo
de las propias inclinaciones
de cada uno. Sería como pre-
tender amoldar un cuerpo só-
lido a la forma rígida de un re-
cipientes sin antes proceder a
su licuefacción.*

*Si en alguna forma quere-
mos influir en el gusto del pró-
jimo debe ser a largo plazo y
mediante una labor indirecta
de preeducación, un adelan-
tarse a los hábitos y las cos-
tumbres, condicionando su
manera de ser en lo que huma-
namente esto sea posible.*

*Lo demás sería como pedir-
le peras al olmo.*

Xavier



¿NIÑO O NIÑA?

por L. D'ANDRAITX

Hará poco menos de un mes que apareció en la prensa la noticia del hallazgo, por unos doctores de Chicago, de un método fácil y seguro para diagnosticar el sexo de un hijo con tres meses de antelación a la fecha probable de su nacimiento. Como curiosidad o experimento científico, no deja la noticia de impresionarnos, pero, en un sentido humano, no sabemos ver las ventajas ante el hecho de descender el velo de un misterio a noventa días plazo. El semanario «Destino», en su número 864, en un exceso de optimismo, sólo veía ventajas en el nuevo descubrimiento.

¿Ventajas? ¿Anticipar una decepción o una esperanza?

Uno no puede ver ninguna ventaja en el simple anticipo de un hecho irrevocable. Quizá fuera una ventaja, — y hasta cierto punto —, el poder dirigir el embrión hacia un sexo determinado. Solamente hasta cierto punto, ya que no siempre hay armonía en el deseo de los progenitores, respecto al sexo del futuro hijo, sin contar con el hecho cierto de que toda elección entraña una dura y nueva responsabilidad y de que toda soberbia se yergue sobre la conquista del control de un acto que se creyó indomeñable. No se ha llegado a eso todavía, pero tal vez no sea imposible lograrlo.

De momento, el nuevo hallazgo nos stúa en el plano de las puras y estériles curiosidades: y, por ello, ninguna consecuencia positiva podemos esperar del tal descubrimiento. Y, ahondando en él, otros puntos negativos encontráramos. La pura curiosidad siempre ha sido mala y de inestables consecuencias. Sólo el ¿por qué? maravillado de un niño guarda un pristino encanto, porque en él va implícita la aceptación de una respuesta. Pero, cuando los mayores preguntamos ya estamos afilando la espada de la protesta o preguntamos por preguntar; más que en ansias de saber ytr abajar en la respuesta, en anhelo de fáciles soluciones y comodidades. Como si las respuestas fuesen fin y no principio de camino.

¿Niño o niña?

La Bioquímica ha invadido el campo de las más bellas preguntas, las más secretas; sus respuestas son frías, con el frío de todo rigorismo científico. Y vamos en pos de ellas con obtusa curiosidad o quizá con la soberbia del primer ángel caído; pues, en verdad, todo ello parece un desafío al Señor.

Analizadas las secreciones de las glándulas endocrinas, pueden hoy obtenerse todas en un laboratorio. Vitaminas, hormonas, cromosomas especiales, productos de síntesis alambicadas, prometen dirigir herencias, elegir sexo y futuras características del hijo que fué hasta hoy regalo de Dios. Salto absurdo de lo sagrado al producto farmacéutico. Odioso. ¿Quién dirá basta?

Pero el hombre no deja en su empeño. Es cuestión de saberlo todo: explicar el misterio, hallar incluso la fórmula del amor y de un milagro; Mas toda Babel será destruida. Lo difícil será oír los latidos del propio corazón bajo tanta ruina, bajo los retorcidos hierros del andamiaje de un exceso de Bioquímica.

¡Vana curiosidad! ¿Ciencia...?

Entre una y otra, el hombre acelera la locura de su carrera sin freno.

¡Hágase. Señor, tu voluntad!